

Al servicio de la fraternidad humana

Profecía y sabiduría de la tradición

de Jesús de Nazaret

F. Javier Vitoria Cormenzana,
Centro de Reflexión Teológica

1. La impotencia de la política para alcanzar la igualdad entre los seres humanos

Si el amable lector de este estudio ha leído los dos anteriores, coincidirá conmigo en calificar de comatoso el estado mundial de la igualdad y de la fraternidad. El panorama no puede ser más desalentador. Y así lo certifica el *Informe sobre Desarrollo Humano 2010*, que acaba de hacerse público¹. Los ricos son siempre más ricos y los pobres más pobres. La inmensa mayoría de los hombres y mujeres que habitan la tierra se ven obligados desde su nacimiento a desplegar su existencia en terribles condiciones asimétricas, que además son injustas. Y para complicar las cosas sus expectativas de crecer en igualdad quedan continuamente frustradas. Las promesas políticas de los países ricos se incumplen de forma constante (¿inevitable?). El testimonio más fehaciente de este quebrantamiento lo ofrece el itinerario errático de los Objetivos del Milenio. El primer artículo de la lista de derechos humanos se ha convertido en papel mojado².

Todas las legitimaciones de tal situación son un escándalo mayúsculo para quien contemple la realidad con los ojos abiertos. Pues esta disimetría social no se debe principalmente a causas naturales, sino históricas. Ni los infortunios de la naturaleza que con tanta virulencia golpean a los pueblos, ni las discapacidades físicas y síquicas que padecen los seres humanos la explican satisfactoriamente.

-
1. Cf. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre Desarrollo humano 2010. Edición del vigésimo aniversario. La verdadera riqueza de las naciones: Caminos al desarrollo humano*, PNUD, Nueva York, 2010. Disponible en http://hdr.undp.org/en/media/HDR_2010_ES_Complete.pdf.
 2. “Todos los seres humanos nacen libres e *iguales* en dignidad y derechos y... deben comportarse *fraternalmente* los unos con los otros”.

El crecimiento exponencial de “la sociedad de la desigualdad” en la que se ha convertido este mundo nuestro, tan enormemente globalizado y tan escasamente fraternizado, tiene principalmente otras causas: las políticas y las económicas.

1.1. La ley de hierro del mercado neoliberal y la ausencia de sujeto político

Por una parte, esta inoperancia de la política se debe a su supeditación al mercado y “el vasallaje” de los gobernantes democráticos a “los mercaderes”. Si había alguna duda sobre esta subordinación, la crisis económica que padecemos la ha dejado meridianamente clara³. Consecuentemente, cualquier anuncio o promesa de igualdad y fraternidad para el siglo XXI que no quiera ser un brindis al sol parece que también tendría que postular la democracia económica⁴.

Y por otra, la ineficacia de la política viene propiciada por la indolencia y el absentismo de la ciudadanía como sujeto político. Comparto con Ulrich Beck la idea de que la situación mundial de la desigualdad es absolutamente prerrevolucionaria, aunque reconozca, como él, que “carece, sin embargo, de sujeto revolucionario, por lo menos hasta ahora”⁵. Y de ahí mi pesimismo ante una propuesta tan seductora y tan razonable como la de mi amigo Toni Comín: el socialismo tendrá una nueva oportunidad en el siglo XXI si renace como *socialismo de los ciudadanos*. Entonces será posible que se vuelvan a abrir de manera cierta las esperanzas en otra economía y en otra sociedad más libre, igualitaria y fraterna⁶. Comparto su sueño que me parece más que razonable. No tengo dudas. *Tener esa ilusión* sería un gran impulso para caminar por la senda de la igualdad y de la fraternidad. Pero no me *hago ilusiones* con la idea. Ni los pobres tienen hoy “la fuerza histórica” que vaya a propiciar el cambio social, como sugería

3. En los últimos meses muchas voces han defendido hasta la saciedad la imposibilidad de que el presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, pudiera atender las demandas planteadas por los sindicatos españoles en la convocatoria de la huelga general del 29 de septiembre. He escuchado solamente un razonamiento: “En tal caso, *España será castigada por los mercados*”. Daba la impresión de que “el castigo” se produciría como efecto automático de una decisión política insostenible para los mercados, sin ninguna intervención de la libertad humana de “los mercaderes”. Algo así como ocurre con el interruptor general de la corriente eléctrica en nuestro domicilio, que salta porque le hemos pedido más cantidad de energía que la contratada, y nos “castiga” a vivir sin suministro eléctrico si no rectificamos. Escuchando el razonamiento, me preguntaba: esas voces, ¿por qué nunca mencionan a los mercaderes? ¿Por qué nunca preguntan quién controla sus decisiones? ¿Quién corrige sus errores y castiga sus desmanes?
4. Cf. A. Comín i Oliveres y L. Gervasoni i Vila (coords.), *Democràcia econòmica. Vers una alternativa al capitalisme*, Catalunya Segle XXI, Barcelona, 2009.
5. Cf. U. Beck, “La revuelta de la desigualdad”, *El País*, 4 de mayo de 2009.
6. Cf. “Epíleg: el socialisme dels ciutadans”, en *Democràcia econòmica, óp. cit.*, pp. 438-444.

un viejo título de Gustavo Gutiérrez, ni los ciudadanos europeos son libres para hacer algo bueno en favor de la fraternidad y de la igualdad de las mayorías. Su libertad está “comprada” o “manipulada” para que la entreguen sin conciencia de opresión y en beneficio de unos pocos. El mercado y los mercaderes han asegurado su tiranía a base de consumo y diversiones, de la misma manera que los emperadores romanos aseguraron su poder mediante repartos de trigo y sesiones de circo⁷. Adriá, Gucci y CR7 o Messi son algunas de sus referencias más chic; McDonald’s, Zara y Belén Esteban, de las más vulgares.

1.2. El “nosismo” como código moral de la ciudadanía satisfecha

Recordémoslo nuevamente sin rodeos: para millones de seres humanos su hoy es vivir infrahumanamente y su mañana, el “exterminio”. La sombra de la figura histórica de Auschwitz se alarga sin cesar. La visión de Etty Hillesum —“toda la superficie de la tierra se va convirtiendo poco a poco en un gran campo de concentración del que pocos se escapan”— se ha hecho realidad en estos comienzos del s. XXI. “Querámoslo o no, Auschwitz es una parábola de todo nuestro mundo”, acaba de afirmar certeramente J. I. González Faus en su último libro (cuya lectura, dicho sea entre paréntesis, recomiendo encarecidamente, pues el lector de este artículo encontrará en aquel luz y energía evangélicas para la lucha en favor de la igualdad y de la fraternidad en nuestro mundo⁸).

Como explicación de la indiferencia colectiva ante tan descomunal barbarie, suelo recurrir con frecuencia a unas impactantes reflexiones de Primo Levi. Hablan del código moral de supervivencia que él mismo puso en práctica en Auschwitz, y que ordenaba ocuparse de uno mismo antes que de nadie. Lo deno-

7. Cf. J. I. González Faus, *Otro mundo es posible... desde Jesús*, Sal Terrae, Santander, 2010, pp. 183-185.

8. “Esa honradez [con la realidad] es la que nos obliga a sostener, como *punto de partida de todo pensar teológico* (y añadiría yo: de todo pensar simplemente humano), la visión de *Auschwitz como una parábola de nuestro mundo*. Un mundo poblado por infinidad de “campos de exterminio” cuya enumeración sería inacabable: en casi toda África (por causa del coltán en la franja que va de Ruanda hasta el Congo; por causa de los diamantes en Sierra Leona; por causa del petróleo... y, simplemente, por causa del hambre en los mil desesperados que acaban tantas veces muriendo en el intento de una travesía alucinante hasta Europa); también en casi toda América Latina; en casi toda Asia, pese a algunos crecimientos económicos tan espectaculares como deformes en cuanto a la distribución. En las mil guerras de Irak, Afganistán, Somalia... En la serie de genocidios que han poblado el pasado siglo y que sus autores se niegan a reconocer, como el de los kurdos en Turquía, el del Pol Pot en Camboya, el de los palestinos por Israel... Y en la crisis económica mundial que hoy nos envuelve, la cual tuvo lugar por tanto triunfo de los malos... y amenaza resolverse de modo que casi no afecte a los malos, sino sólo a sus víctimas” (*ibíd.*, pp. 342-343).

mina “nosismo”, es decir, “egoísmo extendido hacia quien sientes más cercano a ti”. Nada expresa con tanta franqueza esta regla que las palabras de una médica superviviente: “Mi norma es que en primer lugar, en segundo y en tercero estoy yo. Y luego nadie más. Luego otra vez yo; y luego todos los demás”. Primo Levi, una vez salvado, siente vergüenza de su comportamiento. Pero constata y denuncia otra vergüenza aún más grande: *la vergüenza del mundo*. Y escribe:

Hay quien ante la culpa ajena o propia se vuelve de espaldas para no verla y no sentirse afectado: es lo que ha hecho la mayoría de los alemanes durante los doce años hitlerianos *con la ilusión de que no ver fuese igual a no saber, y que no saber les aliviase de su cuota de complicidad o connivencia*. Pero a nosotros la pantalla de la deseada ignorancia [...] nos fue negada: *no pudimos dejar de ver*. El mal de dolor, pasado y presente, nos circundaba, y su nivel ha ido subiendo de año en año hasta casi ahogarnos. Era inútil cerrar los ojos o volvernos de espaldas, porque se extendía a nuestro alrededor en todas las direcciones y hasta el horizonte. No nos ha sido posible, ni lo hemos querido, ser islas; los justos entre nosotros, ni más ni menos numerosos que en cualquier otro grupo humano, han experimentado remordimiento, vergüenza, dolor en resumen, por culpas que otros y no ellos habían cometido, y en las cuales se han sentido arrastrados, porque sentían que cuanto había sucedido a su alrededor en su presencia, y en ellos mismos, era irrevocable. No podría ser lavado jamás; había demostrado que el hombre, el género humano, es decir, nosotros, éramos potencialmente capaces de causar una mole infinita de dolor; y que el dolor es la única fuerza que se crea de la nada, sin gasto y sin trabajo. *Es suficiente no mirar, no escuchar, no hacer nada*.⁹

Estas palabras me evocan el código moral y el egoísmo corporativista que tan natural como excelentemente practicamos los ciudadanos satisfechos de las democracias avanzadas. En nuestro caso este código de conducta —no mirar, no escuchar y no hacer nada— busca perpetuar nuestros privilegios de ciudadanos ricos y legitimar las desigualdades de nuestro mundo. Nuestro “nosismo” no está movilizado por el instinto de conservación, sino por un deseo sin fondo de acumulación y dominio. Nuestro autocentramiento se ha convertido en una descomunal mirada narcisista que nos impide contemplarnos como caínes de “los prisioneros de los campos de exterminio” producidos por la barbarie de la miseria, de la guerra, de los fundamentalismos políticos y religiosos, etc.; y caer en cuenta de que hemos suplantado a nuestros prójimos pobres y estamos viviendo su vida.

9. Cf. P. Levi, *Los hundidos y los salvados*, Muchnik, Barcelona, 1989, pp. 61-76; la definición de “nosismo” puede encontrarse en la página 70 y en el último texto de la 75. Los destacados son míos.

2. ¿Las religiones al rescate?

En este contexto mundial de inevitabilidades aparentes, de razones indolentes y cínicas, de expectativas imposibles y de códigos de moral narcisistas, me parece pertinente la pregunta de U. Beck por el papel que puedan jugar las religiones en la construcción de un futuro más digno de la condición humana:

¿Son capaces el islam o el catolicismo, el hinduismo o el protestantismo de ser una alternativa al mundo capitalista, empeñado únicamente en el crecimiento económico y los derechos humanos individuales, de ser una alternativa de inclusión postsocialista que sobre el fondo de la esclavitud, el colonialismo y el imperialismo ofrezcan alguna perspectiva a la dignidad humana del Tercer y Cuarto Mundo? ¿Cuál es la aportación de las religiones al proceso histórico mundial de civilizar la civilización y probar así su humanidad y modernidad en el siglo XXI?¹⁰

La afirmación de la *pertinencia* de la pregunta sobre la aportación de las religiones en ningún caso supone un alegato en favor de su *inocencia*. De sobra conocemos su responsabilidad histórica en la legitimación de las desigualdades humanas y en la producción de daños irreparables a la fraternidad por las guerras de religión y por el terrorismo religioso. En el deber de todas las religiones hay víctimas humanas que con frecuencia terminan por endosarse a un Dios que calla y que siempre es mayor que todas las religiones de la tierra.

Tampoco la Iglesia católica presenta una inmaculada hoja de servicios en favor de la igualdad y de la fraternidad en nuestro mundo. No estoy pensando en tiempos pretéritos de inquisiciones, cruzadas y conquistas. Su historia más reciente presenta considerables borrones de justificación y legitimación de las desigualdades humanas. Algunas afirmaciones del magisterio ordinario de los papas han sido claramente una interpretación reaccionaria de la tradición fraterna e igualitaria de Jesús de Nazaret. Pío VI tachó la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, aprobada por la Asamblea Nacional francesa (1791), de monstruosa y contraria a la razón y a los derechos de Dios¹¹. Igualmente, Gregorio XVI (1832) condenó el liberalismo como opinión absurda,

10. U. Beck, *El Dios personal. La individualización de la religión y el "espíritu" del cosmopolitismo*, Paidós, Barcelona, 2009, p. 204.

11. Cf. *Quod Alquantum*. Casi doscientos años más tarde y en suelo francés, Juan Pablo II pronunciaba estas palabras: "¿Qué no han hecho los hijos e hijas de vuestra nación por el conocimiento del hombre, por expresar al hombre a través de la formulación de sus derechos inalienables! Es conocido el lugar que las ideas de *libertad, igualdad y fraternidad* ocupan en vuestra cultura y vuestra historia. En el fondo se trata de ideas cristianas. Lo digo consciente de que aquellos que formularon por primera vez este ideal no se referían a la alianza del hombre con la sabiduría eterna. Sin embargo, ellos querían trabajar en favor del hombre". La comparación de ambos discursos

errónea, delirio y pestilentísimo error, postulándose abiertamente en favor del autoritarismo de los príncipes¹². En el siglo pasado, Pío X se posicionó en contra del ideal de la igualdad entre los hombres y las mujeres, tanto en el ámbito civil como en el eclesial¹³. En el siglo XXI, a pesar de la eclesiología del Pueblo de Dios que afirma la condición de sacerdotes/sacerdotisas, profetas/profetisas y reyes/reinas de todos sus miembros, la desigualdad sigue instalada en el seno de la Iglesia católica. Las mujeres son discriminadas en relación con los varones por mucho que la jerarquía católica se empeñe en recurrir constante y erróneamente a la voluntad de Jesús de Nazaret para justificar semejante tratamiento de inferioridad. El actual Código de Derecho Canónico, en su articulado, positiviza jurídicamente la discriminación negativa del laicado en general. Mientras señala expresamente la participación del laicado en la función de enseñar (c.759) y de santificar (c.835) de la Iglesia, evita hablar expresamente de su participación en la función de gobernar y consecuentemente de la obligación de constituir consejos pastorales diocesanos y parroquiales. La omisión es elocuente. Al legislador no le pereció que en este caso el bautismo y la confirmación eran suficientes para otorgar capacidad de gobierno a los laicos. La posición de Pío X (“solo la jerarquía mueve y dirige”) sigue en vigor en la vida concreta de la Iglesia católica.

No hay, por tanto, ninguna ingenuidad ni en la pregunta, ni en la respuesta que esbozaré. A pesar de todo y con muchas cautelas, sigo creyendo en el potencial humanizador de las tradiciones religiosas; en su aporte a un proyecto político que abra en el mundo futuro a la igualdad y a la fraternidad entre los seres humanos. El concurso en exclusiva de la lucidez política no ha sido capaz, mal que le pese a M. Lilla, de garantizar *universalmente* las libertades fundamentales y proporcionar bienestar básico a *todos* los seres humanos¹⁴. Las desigualdades

sería suficiente para avalar la tesis de que en este punto no es posible hablar de una evolución homogénea del magisterio pontificio, sino de un salto cualitativo.

12. Cf. *Mirari vos*, 9.10.15.16.19.

13. El texto referido a la sociedad civil dice así: “Es conforme al orden establecido por Dios que en la sociedad humana haya... patronos y proletarios, ricos y pobres, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos”. El referido a la Iglesia dice lo siguiente: “La Iglesia es por naturaleza una sociedad desigual; comprende dos categorías de personas: los pastores y la grey. Solo la jerarquía mueve y dirige... El deber de la grey es aceptar ser gobernada y cumplir con sumisión las órdenes de quienes la rigen”. Cf. J. I. González Faus, *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del Magisterio eclesialístico*, Sal Terrae, Santander, 2006 (2.ª ed.), pp. 191-192. Pío X es venerado como santo por la Iglesia católica. Al constatarlo viene a mi memoria algo que el recordado Rafael Belda solía repetir en clase con ocasión de opiniones de los santos parecidas a las que aquí comento: “No fue santo porque decía estas cosas, sino a pesar de que las decía”.

14. Cf. M. Lilla, *El Dios que no nació. Religión, política y el Occidente moderno*, Debate, Barcelona, 2010.

de nuestro mundo, a pesar de la declaración de los derechos humanos y de las promesas políticas, dan la razón a Pablo: existe un abismo entre el conocimiento o la conciencia de la igualdad entre todos los seres humanos y la voluntad o la acción para caminar eficazmente en la dirección de la fraternidad. La confesión paulina de su impotencia por no entender sus propias acciones, ya que no hace lo que quiere sino lo que aborrece (*cf.* Rom 7, 15), puede asumirse como “confesión estructural o sistémica de la humanidad ante sus mejores leyes y sus más sinceros ideales”¹⁵. Para superar ese abismo y ser más eficientes en la empresa de *universalizar* los derechos fundamentales y la satisfacción de las necesidades básicas de los seres humanos, las religiones pueden aportar, como recuerda J. B. Metz, “esa fantasía religioso-moral y esa capacidad de resistencia que emana del recuerdo del sufrimiento acumulado en la historia”¹⁶. O, como dijera M. Horkheimer, “el inextinguible impulso, sostenido contra la realidad, de que esta debe cambiar, que se rompa la maldición y se abra paso la justicia”.

El cristianismo originario de Jesús de Nazaret, en cuanto religión de la fraternidad (*cf.* Lc 10, 29-37), tiene un fortísimo componente igualitario que introduce una *pasión* en la historia: que los últimos dejen de serlo, que se adopten comportamientos y se organicen políticas y economías que les den primacía para construir una sociedad sin últimos ni primeros. Dios mismo ha convertido la cuestión de la responsabilidad con el prójimo en la cuestión religiosa por antonomasia. El culto verdadero estriba en aceptar al pobre como *un absoluto* al que se le debe un amor ilimitado e incondicional como a Dios mismo, y hacerse su súbdito. La cuestión de la religión ya no consiste en buscar a Dios y reconocerlo como Absoluto, sino en preocuparse de aquellos que padecen necesidad y reconocerlos como quienes tienen derechos y autoridad divinas sobre nosotros (*cf.* Mt 25, 31-46).

No pretendo hacer del catolicismo, del cristianismo o de la Iglesia una beligerante y corporativa “alternativa sociopolítica”, como algunas lecturas parecen deducir de la “ortodoxia radical” estadounidense¹⁷. El catolicismo no debe prescindir de las mediaciones creadas históricamente para superar los particu-

15. M. J. Borg y J. D. Crossan, *El primer Pablo. La recuperación de un visionario radical*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 2009, p. 182.

16. *Cf.* J. B. Metz, *La fe en la historia y en la sociedad*, Cristiandad, Madrid, 1979, pp. 115-117.

17. *Cf.* W. T. Cavanaugh, *Imaginación teo-política. La liturgia como acto político en la época del consumismo global*, Nuevo Inicio, Granada, 2007; W. T. Cavanaugh, “La mitología de la modernidad: un diagnóstico teológico”, en C. Bernabé (ed.), *La modernidad cuestionada. La corriente “Ortodoxia Radical” y su propuesta de una nueva “teología política”*, Universidad de Deusto/IDTP, Bilbao, 2010; y W. T. Cavanaugh, “La teología después de la modernidad: ¿reina de las ciencias de nuevo?”, *ibidem*.

larismos desigualitarios y excluyentes, que asuelan nuestro mundo¹⁸. Procurar lo contrario nos acercaría a modelos teocráticos de presencia tan trasnochados como peligrosos. Además, es ingenuo pensar que el cristianismo tiene en sus textos sagrados o en la cabeza del papa y del episcopado católico la solución al desorden internacional imperante. Más bien participa de la misma perplejidad que todas las demás cosmovisiones humanistas y religiosas ante la búsqueda de los caminos concretos que conduzcan hacia la fraternidad. Sin embargo, el cristianismo en la tradición de Jesús de Nazaret puede encontrar y ofrecer a los hombres y mujeres de buena voluntad una *profecía* y una *sabiduría*, que aporten energía espiritual y un singular saber hacer para ese combate en favor de un orden mundial fraterno y justo.

3. La profecía de Jesús: la fraternidad universal es posible

La fe cristiana se origina y se regenera históricamente en la profecía jesuánica del Reinado de Dios y en la "*memoria passionis et resurrectionis Christi*". Ambas fuentes de inspiración vinculan indisolublemente a Dios y su acción soberana a la historia humana del sufrimiento injusto. En su origen constituyeron primeramente un mensaje de esperanza y resistencia para un pueblo muy oprimido; y más tarde, para unas comunidades cristianas socialmente marginales y perseguidas religiosa y políticamente. La acción divina, a través del ministerio de Jesús y a través de su muerte y resurrección, buscaba renovar el mundo desde sus raíces. José Ignacio González Faus escribe con razón:

Si hay algo que caracterizó indudablemente a Jesús de Nazaret, fue la necesidad de subvertir su mundo [...] Si en vida de Jesús ese programa pudo limitarse al mundo judío, luego de su resurrección, cuando se rompen las barreras entre judíos y no judíos, ese programa se vuelve universal. Porque un mundo fundado sobre la idolatría del dinero y del poder religioso desconoce radicalmente la experiencia jesuánica de Dios y falsifica al Dios revelado en Jesús, pues hace imposible la fraternidad de hombres libres, que para Jesús era algo que derivaba del ser de Dios como Padre.¹⁹

Jesús de Nazaret anuncia la irrupción del Reinado de Dios como acción liberadora y escatológica de Dios, dirigida preferentemente a los pobres y desde ellos a todo Israel. Las viejas esperanzas del pueblo de Israel estaban a punto de verificarse y el Reinado de Dios irrumpía como una buena noticia (cf. Mc 1, 14-15). El Reinado de Dios tenía que ver con el futuro nuevo anunciado

18. Cf. D. Velasco, ¿Ortodoxia radical? Una lectura crítica de imaginación geopolítica de W. T. Cavanaugh", en C. Bernabé (ed.), *La modernidad cuestionada, óp. cit.*, pp. 107-108.

19. *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del Magisterio eclesiástico*, Sal Terrae, Santander, 2006 (2.^a ed.) pp. 15-16.

por los profetas: Dios hará algo nuevo y ocurrirán cosas inauditas. Jesús anuncia la presencia del nuevo futuro de Dios (cf. Mt 4, 17) para las víctimas de la injusticia y del poder económico-religioso, que pone patas arriba el orden del mundo tal y como las bienaventuranzas lo expresan (cf. Mt 5, 3-6.11-12; Lc 6, 20-23). Pero su anuncio no son meras palabras. Algo nuevo acontece en la realidad y en la vida de los pobres y pecadores con Jesús de Nazaret (cf. Mt 9, 14-17). Algunas de las cosas insólitas, previstas por los profetas y anheladas por otras generaciones, ya se estaban realizando y podían percibirse con ojos limpios (cf. Mt 12, 41-42; 13, 16-17): ciegos que recobraban la vista, cojos que andaban e incluso había muertos que resucitaban; a los pobres se les anunciaba la buena noticia (cf. Mt 11, 2-6) y el reinado de Satanás era destruido (cf. Mt 12, 24-29).

La acción soberana de Dios es la propia de una paternidad insospechada y el futuro que inaugura, un hogar fraterno y filial en medio de una sociedad judía de la desigualdad. Jesús ambicionaba cumplir la voluntad fraternizadora de su Dios y Padre de todos los seres humanos. Se empeña en activar esa soberanía de Dios que es portadora no solo de un sentido nuevo para los hombres, sino de *nueva posibilidad histórica* de fraternidad para los pobres (un cambio de situación) y los pecadores (un cambio del corazón). Sus exorcismos, sus sanaciones, sus comidas con los pecadores, su compromiso solidario y extremo con los marginados, su misericordioso cuerpo a cuerpo con los ninguneados de toda condición (cf. Mt 9, 35-36; 14, 14; Mc 6, 34; 8, 2; Lc 7, 12-13) son acciones y relaciones que buscan abrir espacios a la fraternidad en la historia cainita humana o convertir *parcialmente* en realidad histórica la posibilidad divina de una humanidad fraterna. Jesús sabía, sin embargo, que *todavía no* podía proclamarse ni forzarse el pleno cumplimiento del Reinado de Dios: los últimos serán primeros, los humildes serán exaltados y los despreciados estarán en condiciones de entrar en el futuro del Reinado²⁰.

Las acciones de Jesús, *buenas* para pobres y pecadores y *diabólicas* para ricos poderosos (cf. Mt 12, 22-29), verificaban o falseaban, acreditaban o denigraban la autenticidad de su profecía del Reinado de Dios. Su convicción de que la movilidad del Reinado de Dios hacia los de abajo hacía avanzar la fraternidad generó una fuerte conflictividad, y Jesús fue condenado a muerte y ejecutado en la cruz. Su resurrección confirmó definitivamente que "otro mundo, igualitario y fraterno, es posible": Dios Padre *revela* en el rostro crucificado del Resucitado la vigencia definitiva de su Reinado para la historia humana; y, al mismo tiempo, el Padre Dios se *rebela* contra la inevitabilidad de las desigualdades del mundo y de sus causas.

20. Cf. J. D. G. Dunn., *El cristianismo en sus comienzos*, vol. I: *Jesús recordado*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 2009, pp. 444-560.

La resurrección de Jesús proclama de modo terminante que la profecía de una humanidad fraterna tiene definitivamente camino y futuro por delante. Desde entonces recorre la historia. Eso sí, con los estigmas de Crucificado, Jesús de Nazaret. El fracaso, la derrota y la muerte serán para siempre sus señas de identidad. Pero ya no podrá jamás ser desalojada de la historia. El Espíritu del Resucitado viene en ayuda de la flaqueza de los seres humanos y la hace renacer tercamente en el mundo, justamente allí donde duelen más de sus capitulaciones y quebrantos (cf. Rom 8, 19-27). La promesa divina de la fraternidad, prevista por los profetas y anunciada por Jesús, se ha instalado definitivamente en la historia como *su motor, su motivo, su resorte y su tormento*²¹.

Pablo anunciará a judíos y paganos el Evangelio de la nueva creación en Cristo, el Señor, que supera todas las diferencias generadas por la raza, la esclavitud y el patriarcado (cf. Gal 3, 27-29) y propone una paz fundamentada en la justicia no violenta. Recordará a los suyos que esta situación nueva no está configurada por una nueva ley, sino por el Espíritu del Padre y de Jesús, que capacita interiormente a los seres humanos para empujarla hacia delante. M. J. Borg y J. D. Crossan, en una ficción literaria, hacen que Pablo lo explique a los hombres y mujeres de hoy en día. Aunque el texto es un poco largo, su expresividad me anima a transcribirlo. Dice Pablo:

Dejadme que os explique cómo trabaja realmente Dios en vosotros potenciando vuestra intención y acción. Me he enterado que gracias a vuestros avances tecnológicos podéis realizar trasplantes de corazón. Tal como lo entiendo, se trata de sustituir totalmente un corazón envejecido y dañado por uno nuevo y sano. También sé que pueden producirse rechazos, pero que tenéis medicamentos para impedir esas fatalidades. Lo que Dios hizo en Cristo y, por tanto, ofrece a todos, es un cambio de identidad, una sustitución del carácter, un trasplante de Espíritu. El propio santo Espíritu de Dios, el Espíritu de la justicia distributiva no violenta, que es el propio yo de Dios, su naturaleza y su carácter, se ofrece gratuita y graciosamente a todos los pueblos. Es lo que yo llamo *charis* y vosotros traducís por *gracia*. Es un don gratuito que se ofrece sin ninguna condición previa exigida por Dios o por nuestros méritos anteriores [...] Lo que verdaderamente resulta extraordinario no es tanto que el trasplante del Espíritu divino sea gratuitamente ofrecido por Dios, sino que se da gratuitamente tanto a los amigos como a los enemigos por igual. Sí, lo repito, incluso a los enemigos de Dios. “Pues hace salir el sol sobre los malos y sobre los buenos”, tal como Jesús nos enseñó, “y manda la lluvia sobre los rectos y los que no lo son” (Mt 4, 45). Esta gracia absoluta —ofrecida incluso a los enemigos de Dios— es lo que jamás podré olvidar, pues fue lo que yo experimenté personalmente en Damasco. Fue precisamente

21. Cf. J. Moltmann, *Teología de la Esperanza*, Salamanca, 1968, pp. 213-214.

cuando “estaba”, como dije a los filipenses, “persiguiendo violentamente a la iglesia de Dios intentando destruirla”, cuando Dios me dio fuerzas para vivir en Cristo. Fue precisamente cuando “estaba”, como dije a los gálatas, “persiguiendo violentamente a la iglesia de Dios intentando destruirla”, cuando Dios me hizo el trasplante de Espíritu. Y fue precisamente “mientras éramos”, como dije a los romanos, “enemigos de Dios, cuando fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo” (Rom 5, 10). Pero debo insistir en algo más. El trasplante de Espíritu, aunque es ofrecido gratuitamente tanto a los amigos como a los enemigos de Dios, nunca destruye la libertad humana que también nos es otorgada por el mismo Dios. Siempre somos libres para aceptarlo o rechazarlo. A la aceptación la llamo “fe”, que, por supuesto, no significa simplemente creer en el ofrecimiento gratuito, es decir, reconocer o admitir teórica y abstractamente que tal ofrecimiento gratuito está disponible. Por “fe” entiendo la sumisión agradecida al trasplante del Espíritu de la propia justicia distributiva no violenta de Dios, que, para regresar a nuestro tema, nos potencia para querer y trabajar a favor de este mundo en colaboración con Dios. Por último [...] La razón por la que hemos de temer y temblar ante nuestra salvación no es porque Dios nos castigue si fracasamos, sino porque el mundo nos castigará si la logramos.²²

Al cristianismo le toca dar gratis lo que ha recibido gratis (cf. Mt 10, 8). Ofrece su convicción contra viento y marea de que la historia del s. XXI puede dar de sí algo diferente y alternativo en relación con la fraternidad entre los seres humanos. La historia de la desigualdad puede revertirse, como le gustaba proclamar a Ignacio Ellacuría. Propone su confianza en la viabilidad histórica de las posibilidades inéditas e inauditas de fraternidad para esta humanidad, que el Espíritu de Jesús ha sembrado en este mundo que tanto se parece a un campo de exterminio. Entrega una fe siempre abierta a las posibilidades de la historia, aunque se oponga tenazmente a cualquier conato de interpretarla optimistamente. En medio de la barbarie, abrirá paso al presentimiento de la posibilidad de un futuro nuevo para los sin presente.

Tenazmente, el cristianismo genera energías para la exploración y explotación al máximo del rico filón de lo *todavía* inédito, pero *ya* viable, de la utopía de la fraternidad universal, que se alberga en el interior de los modernos holocaustos. Suscita el coraje de la libertad que disiente de la opinión mayoritaria (“solo podemos aspirar a ir tirando”) y rompe con el embrujo de la evidencia común (“el futuro que nos aguarda será más de lo mismo”). En medio de esta sociedad indolente y narcisista, mantiene el clamor de los seres humanos que sufren en la *memoria* colectiva de las causas que ayudaron a seres humanos a vivir y morir con dignidad en el pasado; recupera sus esperanzas y alienta la resistencia crítica

22. *Ibíd.*, pp. 194-195.

contra las fuerzas de la barbarie. Modestamente, pero de manera incomparable, aporta capacidad de decisión para la construcción de una cultura de la participación solidaria y fraterna. Suscita hombres y mujeres expertos en la ética herida de la compasión, diestros en la promoción de una acción social y política de resistencia que paulatinamente convierte la utopía de la fraternidad universal en realidad parcial y anticipativa. Seguramente, todas estas realizaciones serán pequeños avances en nuestra sociedad de la desigualdad. Despreciadas tanto por los ilusos (“porque no llegan a casi nada”) como por los pragmáticos (“porque se pasan”). Pero que dan aliento y razón a quienes tienen la ilusión puesta en una sociedad de iguales y fraterna. Efectivamente, son

cosas chiquitas. No acaban con la pobreza, no nos sacan de la espiral de la violencia, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizá han tenido la capacidad de desencadenar la alegría de hacer y de traducirla en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable.²³

4. La sabiduría de Jesús: la mirada del otro

Jesús de Nazaret nos ofrece una sabiduría humana que tiene como matriz su mirada al sufrimiento de las víctimas de la sociedad de la desigualdad en la que vive. En realidad, el secreto de su mirada consistió en que Jesús se dejó mirar por los ojos de los que sufrían, cuando contemplaba la realidad del pueblo oprimido. Metz ha hablado con razón del cristianismo como una “*mística de ojos abiertos*”: una mística política “del apasionamiento por Dios en cuanto experiencia de sentirse afectado por el sufrimiento de otros”²⁴. Me interesa hacer hincapié en el tema de la mirada. No solo como respuesta a la interpelación de Primo Levi (“es suficiente no mirar, no escuchar, no hacer nada”) que hemos recogido en la primera parte. Sino, además, porque las víctimas de las desigualdades están reclamando “la responsabilidad de tener ojos cuando otros los perdieron” (J. Saramago).

La sabiduría de Jesús constituye una auténtica revolución epistemológica. Jesús enseña que la honradez con lo real reclama de los seres humanos una alteración de su mirada, un movimiento sutil de sus ojos conducente a “ponerse en el punto de mira del otro”. Los sacrosantos intereses y las incontables necesidades (falsas y artificiales) de los ciudadanos de los países ricos constituyen la viga que impide ver y conocer lo que tenemos delante (cf. Mt 7, 3). La mirada del otro —es decir, *mirarse y mirar con los ojos del otro que nos visita*— actúa como un

23. E. Galeano, *Ser como ellos y otros artículos*, Siglo XXI, Madrid, 1992, pp. 84-85.

24. Cf. J. B. Metz, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Sal Terrae, Santander, 2007, pp. 110-112.

colirio que dilata las pupilas de los ojos para ver lo que hay (cf. Ap 3, 18). Cuando se transita bajo esa mirada, se accede a una nueva fuente de conocimiento, que brota de la indignación sobresaltada por tanto sufrimiento inocente e injusto que nos hiere. La mirada del otro desvela la mentira de la realidad (cf. Jn 9) y, al mismo tiempo, revela sus oportunidades históricas.

4.1. La mentira implantada de nuestro mundo

La mirada del otro desvela la mentira del modelo de mundialización y la falsedad de legitimaciones que la encubre. En nuestro mundo globalizado, más allá de las declaraciones formales de ciudadanía universal, el espacio social de la libertad sufre un proceso selectivo creciente, el de la igualdad se va achicando progresivamente y el de la fraternidad se da simplemente por descontado.

La mirada del otro desenmascara el mal raíz de nuestra cultura: la *indolencia* y el *cinismo* ante el dolor de los excluidos de la mesa del bienestar. La apatía es un antídoto para que su masiva presencia y sus gritos de dolor no perturben la constante circulación, sin metas verdaderamente humanas, de los ciudadanos favorecidos con los beneficios del sistema. Nuestra sociedad acusa un marcado desinterés por los pobres y los arrumba en una cada vez mayor lejanía sin semblante. La mirada del otro pone de manifiesto que fuera de los pobres no hay salvación. Evidencia el drama de la cultura política que practican los grandes del mundo: querer organizar un mundo de hombres y mujeres iguales y fraternos como si los pobres no existieran. La forzosidad de los datos y la terquedad de la realidad muestran que sin contar con los pobres no habrá fraternidad en nuestro mundo. La mirada del otro enseña que vincular el futuro de la humanidad al destino de los pobres se ha hecho una necesidad histórica. El neoliberalismo no quiere reconocerlo y, consecuentemente, sus propuestas de futuro no hacen camino. Son más de lo mismo y encierran a la humanidad en las mismas aporías del presente. La sabiduría de Jesús no puede menos que percibir a los pobres y su liberación como una oportunidad histórica de salvación para toda la humanidad. Así lo expresaba Juan Pablo II: “Será necesario abandonar una mentalidad que considera a los pobres —personas y pueblos— como un fardo o como molestos e importunos, ávidos de consumir lo que otros han producido... La promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la humanidad entera” (CA 28).

4.2. No se puede servir a la fraternidad y al dinero

La mirada del otro denuncia como un ídolo a un mundo que privatiza la riqueza. Jesús de Nazaret advirtió a sus discípulos que no se podía servir a Dios y al dinero (cf. Mt 6, 24). Se podrá creer o no en lo que Jesús creía, pero se reconocerá que tampoco se puede servir a la fraternidad (reverso humano de la paternidad de Dios) y al dinero. Juan Pablo II achacó la responsabilidad

de la situación de extrema pobreza en que vive gran parte de la humanidad a la existencia de mecanismos económicos, financieros y sociales que acumulan riqueza en unos lugares y empobrecen a los restantes. Y los llamó *estructuras de pecado* que provocan muerte en sus más variadas versiones (SRS 9f, 16c, 36). La mirada del otro ayuda a percibir este pecado estructural y su lógica sacrificial. La bondad del sistema económico ya no se puede medir por la amplitud de su espacio de libertad, sino por la manera solidaria o insolidaria de producir sus resultados, es decir, por la cuestión de la distribución de la riqueza.

4.3. La sanación del corazón humano

La mirada del otro cura la cerrazón o ceguera del corazón humano. Desvela que ser persona no es primariamente un acto de autoafirmación, sino de relacionalidad. En palabras de Jesús, de solidaridad fraterna (cf. Lc 10, 29-37). E. Lévinas nos ha recordado que ser persona es un ejercicio de sujeción al otro. “El otro” me singulariza al asignarme la *irrenunciable* tarea de socorrerle. Y me arranca del ensimismamiento que ofreciéndome excusas me ciega, al darme imperativamente su primera palabra: “*No me dejarás morir*”. La autoridad del otro es tal que nos manda describirnos a nosotros mismos como personas/sujetos ¡bajo su acusación²⁵!

Esta experiencia provoca una libertad para la fraternidad, una libertad liberada del “nosismo” corporativo. Desde esa mirada, la libertad humana ya no puede entenderse de ninguna manera ni como libertad *para la coacción*, ni como libertad *de determinación*. Una libertad así concebida se ha manifestado históricamente incapaz de superar la lógica del dominio y de la posesión, que genera exclusión y desigualdad. La sabiduría de Jesús habla de la libertad *de comunión*, de la capacidad de determinarse en apertura al otro y religación con el otro: el hombre es cabalmente libre, cuando asume la condición de guardián de su hermano o de buen samaritano.

La mirada del otro pone a nuestro alcance la verdad del ser humano, enterada tras el egoísmo posesivo y narcisista hoy tan en boga. En un panorama de puntos de vista resignados con lo inhumano de los seres humanos, esa mirada invita a confiar en que la visión jesuánica del hombre como *proyecto de hermano* es más verdadera que la del hombre como *Narciso indolente y consumista*.

Jesús no es ningún ingenuo en lo tocante a la condición humana. Su sabiduría advierte de la maldad que anida en el corazón humano (cf. Mt 7, 11) y, sin embargo, espera que pueda ser bondadoso y misericordioso como Dios (cf. Mt 5, 48; Lc 6, 36). Sabe de la enorme capacidad de autoengaño de los seres

25. Cf. E. Lévinas, *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, Sígueme, Salamanca, 1987, p. 108.

humanos y de su descomunal hipocresía. No le extrañaría constatar que incluso el compromiso voluntario con los excluidos solo sea expresión de la estrategia del egoísmo²⁶; o que la opción por los pobres se haya convertido no tanto en una cláusula de abnegación como en una bandera de proselitismo y autoafirmación²⁷. Pero se negaría a suscribir con F. Savater la afirmación de que “el único desprendimiento del que el hombre es espontáneamente capaz es el desprendimiento de retina”²⁸. Jesús cree, seguramente contra toda experiencia, en la posibilidad de que todo hombre pueda ser movido interiormente por el principio misericordia, hacerse sensible al sufrimiento de los otros y vivir feliz de, y por, compartir su ser y sus bienes con los desposeídos.

La mirada del otro actúa como un crisol que purifica la necesidad insaciable de autoafirmación que todos los hombres tenemos. Va gestando poco a poco personalidades ex-céntricas, liberadas del dominio despótico del “eros”. Ayuda a nacer el “ágape”, la pulsión solidaria y compasiva, del fondo sagrado de la condición humana, que siempre es coexistencia, colaboración con los otros y construcción fraterna de la historia. La mirada del otro invita a emprender la aventura de entregar la vida y la libertad en favor de la gestación de un mundo fraterno. Permite saber que “el ser-con” y “el ser-para” es la primera verdad que todo ser humano está llamado a cumplir, con independencia de su calidad ética. La condición humana auténtica se despliega en la renuncia al desarrollo de la propia voluntad de poder, que lleva fatalmente a la exclusión o a la asimilación del otro; y en el arte de *dejar y abrir sitio al otro*, al extraño, al no solvente, para dar cuerpo a una sociedad fraterna y de iguales.

4.4. La costosa reivindicación de la igualdad de todos los seres humanos

J. B. Metz hace brotar de la mirada del otro la “*compassio*”, como programa del cristianismo para el mundo. La “*compassio*” no es una vaga simpatía hacia el sufrimiento ajeno, experimentada desde arriba o desde fuera, sino la percepción participativa y comprometida del sufrimiento ajeno, que exige de antemano la disposición a asumir un cambio de perspectiva, a saber, a mirarnos y evaluarnos a nosotros mismos con los ojos de los otros, sobre todo con los ojos de aquellos que sufren y están amenazados. Este espíritu de la “*compassio*” quiere servir de inspiración y motivación para una *nueva política de la paz*; de acicate para una nueva política de *reconocimiento*; de reivindicación de la elemental *igualdad de todos los seres humanos*; y, finalmente, de incitación a una *política de la memoria*, en tiempos de amnesia cultural y de olvido de las víctimas²⁹.

26. Cf. G. Lipovetsky, *El crepúsculo del deber*, Anagrama, Barcelona, 1994, p. 144.

27. F. Savater, *Humanismo impenitente*, Anagrama, Barcelona, 1990, p. 57.

28. F. Savater, *Ética como amor propio*, Mondadori, Madrid, 1988, p. 297.

29. Cf. J. B. Metz, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*, Sal Terrae, Santander, 2007, pp. 160-203.

La mirada del otro urge a participar en un combate contra el poder del ídolo/capital y sus legitimaciones, y en favor de una sociedad mundial, en la que los pueblos pobres puedan sentarse como iguales en la mesa fraterna de la humanidad y compartir las decisiones con los grandes del mundo. La sabiduría de Jesús suministra “razones” para ponerse al servicio de lo inolvidable: la historia interminable de las víctimas.

La sabiduría de Jesús acerca de la primacía de los últimos genera una sensibilidad e interés en favor de la mejoría de sus condiciones de vida y vincula el mandato del amor a la lucha por la justicia. Pero además critica la cultura de la ceguera y del olvido en la que nos sumerge el actual sistema socioeconómico. Esta sabiduría puede convertirse en idea movilizadora y fuerza moral para la reconstitución de un nuevo orden mundial igualitario y fraterno, en la medida en que proclama la urgencia de que los excluidos sean objeto y sujeto de discriminación positiva. Es decir, da prioridad a las políticas de solidaridad internacional, reclama la práctica de un nuevo pacifismo, alienta la búsqueda de una democracia económica, propugna la regulación ecológica de la sociedad y del comportamiento humano.

Pero, sobre todo, resulta ser una formidable ayuda para la tarea ineludible: la construcción de un sujeto ciudadano postburgués, solidario y fraterno. En el siglo XXI son innecesarias las vanguardias omniscientes, “pero en cambio son inexcusables las minorías ejemplares” (J. Riechmann). Una civilización alternativa a la actual, se llame *civilización del amor* (Juan Pablo II), *de la pobreza* (I. Ellacuría) o *de la sobriedad compartida* (J. I. González Faus), no será posible sin un nuevo estilo cultural, sin reforma intelectual y moral de la sociedad civil, sin cambios en los estilos de vida de los ciudadanos de los países ricos. Es quimérico —¡que no utópico!— y engañoso pensar que será posible superar la actual situación de desigualdad nacional e internacional ganando todos y no perdiendo ninguno. A corto y medio plazo esto es literalmente imposible. El modelo de buena vida sancionado por las democracias ricas no es universalizable. No hay recursos materiales suficientes para ese objetivo y, además, los propietarios de los mismos no están dispuestos a desprenderse de ellos en aras de la igualdad y de la fraternidad. El dilema planteado es el siguiente: o bien perpetuamos cínicamente la situación injusta actual con leves retoques o bien perdemos los que más tenemos en beneficio de los empobrecidos. Una igualdad y una fraternidad sin consecuencias es literalmente una estafa para las expectativas de los habitantes de los campos de exterminio de este siglo. El mero sentimiento favorable de la liberación de las situaciones endiabladas de la exclusión y de la marginación no es suficiente. También los gerasenos fueron partidarios de que Jesús librara a aquel hombre de su espíritu inmundo, pues ya nadie podía tenerle atado ni siquiera con cadenas. Su error fue creer que la victoria sobre el demonio no iba a tener consecuencias para ellos. Cuando comprobaron que habían recuperado un

vecino, pero se habían quedado sin sus puercos, le rogaron a Jesús que se largara del país (cf. Mc 5, 1-20). Alguna vez, con unos granitos de ironía he apostrofado: y es que, ya se sabe, los cerdos, como nuestra calidad de vida, no tienen desperdicio. El sentimiento no basta. Necesitamos estilos intempestivos de vida austera y solidaria que propicien esa civilización alternativa, fraterna, igualitaria y libre.

El sistema idolátrico del capital hace que estos estilos de vida sean arriesgados y suele encargarse de que sus actores terminen crucificados de modos diversos. No soporta, literalmente, propuestas de reforma y regeneración democrática, elaboradas desde los intereses de los otros: los excluidos, las mujeres, los no europeos, los emigrantes pobres, etc. En una palabra, *los de abajo*. La mirada del otro promueve coraje y fortaleza para afrontar la prueba. Recuerda que ese es el precio pagado por un sinfín de historias de hombres y mujeres contemporáneos, que quisieron, como escribe Lucía Ramón³⁰, “el pan y las rosas”, y caminaron “con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la encarnación y de la redención” y “con la potencia del amor que irradia de ella” (RH 13).

30. Cf. L. Ramón, *Queremos el pan y las rosas. Emancipación de las mujeres y cristianismo*, Ediciones HOAC, Madrid, 2010.